

II.

PRUDENCIA ACONSEJADA Á LA SABIDURÍA

Aquella noche, el señor obispo de D., despues de su habitual paseo por la ciudad, habia permanecido hasta muy tarde encerrado en su cuarto. Hallábase ocupado de un gran trabajo sobre los *Deberes*, que desgraciadamente dejó por concluir. Con el mayor cuidado iba él anotando todo cuanto los santos Padres y los Doctores de la Iglesia han dicho acerca de esta grave materia. Estaba dividido su libro en dos partes : la primera comprendia los deberes de todos, y la segunda los deberes de cada uno, segun la clase á que pertenece. Los deberes de todos son los grandes deberes. Hay cuatro. San Mateo los indica : deberes para con Dios (*Matth.*, vi), deberes para consigo mismo (*Matth.*, v, 29, 30), deberes para con el prójimo (*Matth.*, vii, 12), deberes para con las criaturas (*Matth.*, vi, 20, 25). Por lo que hace á los demas deberes, el obispo los habia hallado

indicados y prescritos en otras partes, á los soberanos y á los súbditos, en la Epístola á los Romanos; á los magistrados, á las esposas, á las madres y á los jóvenes, por san Pedro; á los maridos, á los padres, á los hijos y á los criados, en la Epístola á los Efesios; á los fieles, en la Epístola á los Hebres; á las vírgenes, en la Epístola á los Corintios; haciendo él de todas estas prescripciones un conjunto armonioso que queria presentar á las almas.

Á las ocho trabajaba todavía, escribiendo con bastante incomodidad en cuadritos de papel, con un gran libro abierto sobre sus rodillas, cuando madama Magloire entró, segun su costumbre, para tomar la bajilla de la alacena que se hallaba junto á la cama. Algunos instantes despues, el obispo, notando que ya estaba la mesa puesta, y que tal vez le esperaba su hermana, cerró el libro, levantóse de su bufete y entró en el comedor.

Era este una pieza cuadrilonga, con chimenea, y con una puerta que daba á la calle (como ya hemos dicho) y una ventana al jardin.

Con efecto, madama Magloire acababa de poner la mesa.

Al mismo tiempo que se ocupaba en su servicio, conversaba con la señora Baptistina.

Sobre la mesa, que estaba cerca de la chimenea, ardia una lámpara. La lumbre era bastante buena.

Fácil es figurarse el aspecto de aquellas dos mujeres que pasaban ambas ya de los sesenta años : madama Magloire pequeña, gruesa, viva; la señora Baptistina débil, delgada, tranquila, algo más alta que su hermano, con un vestido de seda pardo-oscuro, color á la moda en 1806, que en aquella época se habia comprado en Paris y le duraba todavía. Para valernos de las locuciones vulgares, que tienen el mérito de expresar con una sola palabra una idea que apenas bastaria á explicar una página entera, diremos que madama Magloire tenia trazas de una *aldeana*, y la señora Baptistina

de una *dama*. Madama Magloire usaba una papalina blanca encañonada, y llevaba una cruzecita de oro al cuello, única joya de mujer que habia en la casa, una pañoleta muy blanca que salia de un vestido de sayal negro con mangas anchas y cortas, delantal de tela de algodón á cuadros encarnados y verdes, sujeto en la cintura con una cinta de este último color, con su paño de estómago igual prendido con dos alfileres en las dos puntas de arriba; calzando unos zapatos gruesos y medias amarillas como las usan las mujeres de Marsella. El vestido de la señora Baptistina habia sido cortado sobre los patrones de 1806, talle alto, estrecho de vuelo, mangas de hombrera, con botones y presillas. Su pelo gris se hallaba oculto bajo una peluca ensortijada de las que llaman *á lo niño*. Madama Magloire no carecia de inteligencia y tenia un genial vivo y bueno; los dos ángulos de su boca levantados con desigualdad y el labio superior más grueso que el inferior, la daban cierto aspecto de aspereza imperiosa. Mientras que monseñor callaba, ella le hablaba resueltamente, con una mezcla de respeto y de libertad; pero desde que monseñor abria la boca para decir la más mínima palabra, siempre se observó que ella obedecia de un modo enteramente pasivo, lo mismo que su señora. La señora Baptistina apenas hablaba; limitándose á obedecer y á complacer. Nunca fué bonita, ni aun en su juventud; tenia grandes ojos azules á nivel de la cara, y la nariz larga y encorbada; pero todo su semblante, toda su persona, como hemos dicho al empezar, respiraban una hondad inefable. Siempre habia sido predestinada á la mansedumbre; pero la fe, la caridad, la esperanza, estas tres virtudes que comunican tan dulce calor al alma, habian elevado poco á poco aquella mansedumbre hasta la santidad. La naturaleza sólo habia hecho de ella una oveja. La religion habia hecho un ángel. ¡Pobre santa mujer! ¡Dulce recuerdo desaparecido!

La señora Baptistina ha referido despues tantas veces lo que pasó aquella noche en casa del obispo, que várias personas que aún viven recuerdan hasta los más mínimos detalles.

En el momento en que entró el señor obispo, madama Magloire estaba hablando con alguna vivacidad, fijando la atencion de su señora en un asunto que las era familiar y al cual estaba tambien el obispo muy acostumbrado. Tratábase del picaporte de la puerta de la calle.

Parece que, cuando salió fuera á comprar las provisiones necesarias para la cena, madama Magloire habia oido contar ciertas cosas extrañas y alarmantes á diferentes personas. Hablábase de cierto tunante de muy malas trazas, de un vagabundo sospechoso que habia entrado en la ciudad, y debia de hallarse en algun escondrijo de la poblacion, siendo muy posible que los que cometieran la imprudencia de recogerse tarde tuvieran por la noche algun mal encuentro. Que por otra parte, la policia estaba muy mal hecha, porque el señor prefecto y el señor alcalde no se querian bien, y procuraban hacerse daño dejando venir los sucesos en el mayor abandono. Que por consiguiente, á las personas juiciosas y honradas del pueblo era á quienes tocaba únicamente hacer ellas mismas la policia de la ciudad, y sobre todo, guardarse muy bien, teniendo el mayor cuidado de encerrarse como es debido, de atrancar y de atrincherar bien sus casas, y no olvidarse nunca de *cerrar muy bien sus puertas*.

Madama Magloire apoyó bastante la voz en esta última frase; pero el obispo venia de su cuarto, donde habia tenido bastante frio, se habia sentado ante la chimenea á calentarse, y ademas tenia la cabeza ocupada en otro órden de ideas. Por consiguiente, pasó para él como desapercibida la frase que con tanto retintin habia pronunciado madama Magloire, la cual entónces creyó acertado repetirla, y la repitió no ménos acentuada que ántes. La señora Baptis-

tina entónces, queriendo satisfacer á madama Magloire, sin disgustar á su hermano, se aventuró á decir tímidamente :

— ¿Hermano, oís lo que está diciendo madama Magloire?

— Algo he oído vagamente, respondió el obispo. Y en seguida, dando média vuelta á su asiento, apoyando ambas manos sobre sus rodillas, y mostrando á la vieja criada su semblante cordial y fácilmente alegre que la lumbre desde el suelo iluminaba : — Vamos á ver, la dijo : ¿ Qué es lo que hay? ¿ qué es lo que hay? ¿ Parece que nos amenaza gran peligro?

Madama Magloire entónces recomenzó toda su historia, exagerándola un poco, sin apercibirse de ello. Decíase que una especie de gitano, un descamisado, un mendigo peligroso de la peor catadura se encontraba á la sazón en la ciudad : que se había presentado para alojarse en la posada de Joaquin Labarre, quien se había negado á recibirle : que le habían visto llegar por el boulevard Gassendi y vagabundear por las calles al anochecer : finalmente, que era un bribon con una cara endemoniada.

— ¿De véras? dijo el obispo.

Esta condescendencia á interrogarla dió ánimos á madama Magloire ; pareciéndole indicar aquella pregunta que el obispo no distaba mucho de alarmarse : en vista de lo cual continuó ella triunfante :

— Sí, monseñor. Ni más ni ménos que esto. Esta noche sucederá alguna desgracia en la ciudad. Todo el mundo lo dice. Como quiera que la policia nos sirve tan bien ! (repetición que ella juzgó muy útil.) Vivir en un país de montañas, y ni siquiera tener faroles para alumbrarnos las calles de noche ! Sale usted de casa, y no cuenta con otra luz que la de la luna ó las estrellas, cuando las hay... ¡ Jesus! Y yo digo á eso, monseñor, y mi señora que está ahí presente dice lo mismo que yo...

— Yo no digo nada, — interrumpió la hermana. Lo que mi hermano hace está bien hecho.

Madama Magloire continuó como si no hubiera mediado tal protesta :

— Decimos nosotras que esta casa no está segura, de ningun modo, y que, si monseñor lo permite, iré en seguida á llamar á Paulino Musebois, el cerrajero, para que venga á colocar en la puerta los antiguos cerrojos : ahí están, es cosa de un minuto ; y yo digo que necesitamos cerrojos, monseñor, aunque no fuera más que por esta noche ; pues, como tengo dicho, una puerta que se abre por fuera con un simple picaporte, por el primero que llega, es una cosa muy terrible ; y con esto de que monseñor tiene la costumbre de decir siempre que entren, y que además, aun á média noche, Dios mio, no se necesita en esta casa pedir permiso para introducirse en e'la...

En este mismo instante sonó en la puerta un golpe bastante violento.

— Adelante, dijo el obispo.